

mero de espectadores, resucitó á un novicio muerto por la caída de una pared.

Al entrar en Italia Totila, rey de los godos, quedó sumamente sorprendido al oír referir tantas maravillas acerca de san Benito, y queriendo saber si era tal como se lo habían pintado, mandóle un aviso participándole que le haría una visita; sin embargo en vez de irle á ver en persona, envióle uno de sus oficiales llamado Riggon, al cual revistiera de sus reales insignias, haciéndole acompañar por tres de los principales señores de su corte y por un numeroso cortejo. Apenas el Santo, que se hallaba sentado, le hubo visto, cuando le gritó: «Hijo mio, despojaos del traje que llevais, pues no es «el vuestro.» Y Riggon, temeroso y confuso por haber tratado de burlar á tan grande hombre, se arrojó á sus piés con cuantos le acompañaban.

Cuando se halló de regreso, refirió al Rey cuanto le había sucedido, y admirado Totila quiso conocer al siervo de Dios; al verle se prosternó en tierra, permaneciendo en aquella postura hasta que Benito le levantó, llegando á su colmo la admiración del Rey cuando el Santo le dijo: «Causais muchos males, y preveo que causaréis muchos mas; os apoderaréis de Roma, pasaréis el mar y reinaréis nueve años; pero moriréis durante el décimo, y seréis citado «ante el tribunal del justo Juez para darle cuenta de todas vuestras «obras.»

Los futuros acontecimientos justificaron en todas sus partes semejante profecía mientras que san Benito murió el año siguiente al que corria cuando recibió la visita de Totila; y habiéndole sido revelada la hora de su muerte, participólo á sus discípulos, á quienes mandó le abriesen un sepulcro; terminado éste, sobrevinole la fiebre, y al cabo de seis dias pidió ser trasladado á la iglesia para recibir allí la santa Eucaristia; en seguida dió algunas instrucciones á sus discípulos, y apoyándose en uno de ellos, oró en pié y con las manos levantadas al cielo, en cuya postura entregó tranquilamente el espíritu á su Criador; esto sucedió el sábado 21 de marzo de 543, cuando el glorioso Patriarca contaba sesenta y tres años de edad, y habia pasado catorce en el Monte-Casino.

Si Benito fué grande por sus virtudes, fueo igualmente por sus obras. Grande por sus virtudes, pues acabamos de ver su vida humilde, penitente y milagrosa; y grande por sus obras, pues su re-

gla, que anuncia el hombre superior y el Santo inspirado por la sabiduría de lo alto, causa admiración á cuantos la conocen: el papa san Gregorio el Grande la llama eminente en ciencia, en discreción, en gravedad, y admirable por su sencillez; y muchos concilios la califican de *santa*<sup>1</sup>. El célebre Cosme de Médicis y otros muchos experimentados legisladores la leían con frecuencia, considerándola como un fondo rico en excelentes máximas para aprender el arte de gobernar bien. Á continuación citamos sus principales disposiciones:

El santo Fundador empieza ordenando que se reciba en su Orden á toda clase de personas sin distinción alguna; á los niños, á los adolescentes, á los adultos, á los pobres y á los ricos, á los siervos y á los que nacieron libres, á los doctos y á los ignorantes, á los legos y á los clérigos. Para admirar como es justo la profunda sabiduría de este primer artículo, es preciso recordar las circunstancias en que Benito fundó su Orden. Un diluvio de bárbaros inundaba la Europa, y todo el mundo antiguo caía en ruinas bajo los golpes de los vencedores; la Orden de san Benito fué como una nueva arca de Noé, abierta para todos los que huían, y con toda verdad puede decirse que, como la antigua, llevaba la nueva arca las primicias de un nuevo mundo; en ella se refugiaron las tradiciones de las ciencias y de las artes; de ella salieron los infatigables trabajadores que mas tarde desmontaron parte de la Europa y la emanciparon de la barbarie.

Los religiosos de san Benito se levantaban á las dos de la mañana, y el abad en persona debia tocar los oficios; despues de los Maitines empleaban el tiempo que les quedaba hasta la aurora en leer y en meditar; trabajaban desde las seis de la mañana hasta las diez, y luego comían; entre la fiesta de Pascua y la de Pentecostes no habia ayuno, pero desde Pentecostes hasta el 13 de setiembre ayunaban los miércoles y viernes, y todos los dias desde el 13 de setiembre hasta Pascua.

La abstinencia de carne, la de animales de cuatro piés al menos, era perpetua, y pobres en su alimento, los religiosos de san Benito lo eran tambien en su vestido; en los climas templados componiase de una cogulla, de una túnica y de un escapulario; la cogulla era una especie de capuchon con que cubrían su cabeza para

<sup>1</sup> Concilios de Douzi en 874, y de Soissons.



librarla del ardor del sol ó del rigor del frio; la túnica era el vestido interior, y el escapulario el exterior durante el trabajo, pues concluido éste se despojaban de él para ponerse la cogulla, que usaban durante el resto del dia. Todos los vestidos eran de lana y de las telas mas comunes y baratas; para evitar todo motivo de propiedad, el abad daba á cada religioso su pequeño ajuar, es decir, además de sus vestidos, un pañuelo, un cuchillo, una aguja, un puntero para escribir y una cartera; su cama consistia en una estera de paja, sábana de jerga, una cubierta y una almohada.

Por los cuadros antiguos se ve que el hábito de los primeros benedictinos era blanco, y el escapulario negro; á fin de estar prontos á levantarse para el oficio, acostábanse vestidos. Raras veces hablaban entre sí, y recibian á los extranjeros con gran cordialidad y respeto; primeramente les conducian al oratorio para hacer una corta oracion; introducíanles luego en la sala de huéspedes, donde se les leia algun libro piadoso durante un breve tiempo, y despues les trataban con toda la caridad posible; el abad les daba con que lavarse, y comia con ellos, pero nadie les hablaba, á no ser el religioso destinado para recibirles. Los que se presentaban para entrar en el monasterio no eran recibidos hasta despues de grandes pruebas, y de un año de perseverancia; los novicios escribian su empeño con su propia mano y lo dejaban sobre el altar; si poseia bienes los daba á los pobres ó al monasterio; á su entrada vestíanle el hábito religioso, y guardaban el suyo para devolvérselo si por desgracia se retiraba.

La vida de los Benedictinos se dividia entre la oracion, el trabajo manual y el trabajo intelectual: armado sucesivamente del hacha, de la azada, de la hoz y del martillo, el benedictino, leñador, agricultor, albañil, arquitecto, cortaba inmensos bosques; sujetaba al cultivo tierras hasta entonces vírgenes, y fértiles en breve por sus acertados cuidados: levantaba en el fondo de los solitarios valles, ó en sitios admirables por su salubridad y hermosa posicion, aquellos edificios cuya solidez, extension y bellas proporciones nos admiran todavia; á él deben la Alemania, la Francia, la Inglaterra y la mayor parte de la Europa la civilizacion material de que por tantos siglos han gozado.

Mientras que el benedictino agricultor regaba con sus sudores la tierra cubierta de bosques y ruinas, su hermano, el benedictino sa-

bio, encerrado en su *escritorio*, *scriptorium*<sup>1</sup>, desmontaba los eriales de la inteligencia, y legaba á los siglos futuros las riquezas de los siglos pasados.

En el orden de la ciencia, los escritorios formaban una de las partes mas importantes de los monasterios, y consistian en unas grandes salas, construidas de piedra de silleria y con espesas bóvedas, á fin de ponerlas al abrigo de las llamas, y en ellas sobre filas de pupitres mas ó menos largas estaban sujetos con cadenas de hierro los manuscritos de las obras antiguas; á ellos les retenia una cadena mas fuerte aun, la excomunion; sí, pues aquellos Papas, aquellos obispos, aquel clero católico, á quienes se acusa de ser enemigos de las ciencias, habian prohibido bajo pena de excomunion trasladar de un pupitre á otro aquellos preciosos manuscritos. En efecto, manuscrito habia que era el único, y permitir que fuese cambiado de sitio, que fuese trasladado de una parte á otra, era exponerlo á perderse ó á alterarse, pérdida que hubiera sido irremediable. Ahora bien, frente de uno de aquellos pupitres pasaba el benedictino su vida, ¿qué digo su vida? á veces la vida de un religioso no bastaba para transcribir, descifrar y poner en orden una sola obra; entonces, al morir legaba su puezo y su puntero á uno de sus hermanos, que continuaba el empezado trabajo; y aquellas vidas añadidas á otras vidas, aquellas inteligencias que se continuaban, han enriquecido al mundo moderno con las obras maestras que nos es lícito admirar, pero no reproducir.

Los Benedictinos no solo conservaron los libros depositarios de las ciencias, sino que fueron tambien los apóstoles de gran parte de la Europa: la Inglaterra, la Frisia, la Alemania les deben la luz de la fe, como diremos luego. En fin, aquella Orden, inspirada evidentemente por Dios para salvar los restos del mundo antiguo y para preparar un nuevo mundo, se derramó por todas partes con tal rapidez, que bien puede decirse que, así bajo el aspecto intelectual como bajo el material, la Europa es hija de los Benedictinos; en breve no hubo provincia en que no se conociese la regla de san Benito, y en 1536 eran tan numerosos los monasterios de aquella Orden, que el papa Benedicto XII los dividió en treinta y siete provincias, incluyendo en una sola reinos enteros, como la Dinamarca,

<sup>1</sup> Habia un *scriptorium* en todos los monasterios.



la Bohemia, la Escocia, la Suecia, etc., lo que manifiesta la prodigiosa extension de la Orden y el número de sus monasterios.

No deja de ser muy significativa la siguiente observacion: el papa Juan XXII, elegido en 1316 y muerto en 1334, halló, despues del minucioso exámen que mandó practicar, que desde el nacimiento de la Orden habian salido de la misma veinte y cuatro papas, cerca de doscientos cardenales, siete mil arzobispos, quince mil obispos, quince mil abades insignes, cuya confirmacion pertenece á la Santa Sede, mas de cuarenta mil santos y bienaventurados, de los cuales cinco mil quinientos habian sido monjes del Monte-Casino, donde están sepultados<sup>1</sup>.

Una de las mas señaladas conquistas de la Orden de san Benito fué la de la Inglaterra; mas antes de hablar de la conversion de aquel reino, demos una mirada á la Iglesia de Oriente para ver sus penas y sus consuelos. San Benito, padre de innumerables misioneros, acababa de bajar á la tumba, cuando en el año 553 suscitóse de nuevo en Egipto el partido de Eutiques, cometiendo sus sectarios las mas horribles violencias, tanto que nadie se atrevia á resistirles, á causa de su número y del crédito de que gozaban. Sus principales esfuerzos se dirigian á debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que les condenara, definiendo que en nuestro Señor Jesucristo hay dos naturalezas, hasta que por fin reunióse en Constantinopla el quinto concilio general, compuesto de ciento cincuenta y un obispos; en él se condenaron tres obras que servian de apoyo á aquellos herejes, á saber: los escritos de Teodoreto contra san Cirilo, la epistola de Ibas, obispo de Edesa, y los escritos de Teodoro, obispo de Mopuesta, y se confirmaron los cuatro primeros concilios generales.

Tenemos aquí un notable ejemplo del poder que asiste á la Iglesia para condenar escritos, pronunciar sobre el sentido de los libros, y exigir que los fieles se sometan á su fallo; en efecto, semejante autoridad le es necesaria para la conservacion de la fe, puesto que uno de los medios mas eficaces para conservar el depósito de las verdades que enseña es manifestar á los fieles las puras fuentes donde deben beber, y las cisternas infectadas con el veneno del error de que deben huir: enviada por su divino Autor para enseñar la bue-

<sup>1</sup> Véase á Bulteau, *Historia de la Orden de san Benito*; Arnold. Wien. *Lignum vitæ*; Juan Mabillon, *præf. Act. SS. Sacr. lib. I, IV et V*; el mismo *Benedict. t. I, y Veter. analec. t. III.*

na doctrina, ha recibido al mismo tiempo el poder de poner en guardia á sus hijos contra las malas, y de prohibirles la lectura de los libros que las contienen y que podrian alterar su fe<sup>1</sup>.

### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber iluminado á nuestros padres con la luz de la fe; hacednos la gracia que en todas las cosas conformemos nuestra conducta con nuestra creencia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré con frecuencia por la conservacion de la fe.*

<sup>1</sup> *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 233.